

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Una Mirada a Concepción.

Rodrigo Herrera O.

Cita:

Rodrigo Herrera O. (2007). *Una Mirada a Concepción. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/114>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/m1f>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Una Mirada a Concepción

Rodrigo Herrera O.*

Entrada

Vivo hace poco más de un año en Concepción. A mi llegada a la ciudad tengo que reconocer que sabía poco más que lo que se puede observar al paso, cuando uno está en un lugar pero en tránsito hacia otro -como cuando se está en una sala de espera-, y mira todo con ojos despreocupados, buscando más que nada elementos para distraerse un rato. Concepción era en ese entonces algo así como un paisaje asociado a un vocablo, aún no mucho más. Ahora con el tiempo, ya fijada una residencia permanente, podemos articular una visión acerca de la ciudad un poco más acabada, un segundo nivel reflexivo que, aunque también primario, tiene más fundamentos: es que he visto y oído un poco más, ya que vivo allí.

Por ello es que me he propuesto ejercitar la articulación de un primer conjunto de reflexiones que surgen a partir del ver y escuchar de una cotidianeidad que se elabora en el diario vivir de la ciudad de Concepción. Este intento de ordenamiento de ideas naturalmente no refieren a todo el amplio abanico de posibilidades de constitución de aquello que llamamos vida cotidiana. Antes bien, remiten únicamente a la discusión en torno a la posibilidad que aquí, en este emplazamiento, se despliegue vida urbana, algo así como un estilo de vida social asociado al desarrollo del cosmopolitismo, la permanente movilidad y desplazamiento de gentes, ideas e intereses; del incremento de la impersonalidad como importante patrón de comportamiento que implícitamente propone un respeto a la diferencia y uso del espacio según diferentes visiones; y quizá también a la posibilidad de que opere por momentos lo que podríamos denominar como un «derecho a la indiferencia», en aras a que dentro del rango de la vida urbana se desarrollen ciertos espacios-tiempos donde no sea importante quien eres ni con que te identificas, sino que únicamente qué haces.

Cierto es que el ejercicio propuesto no deja de ser osado, quizá hasta inoportuno por lo superficial. Pero como toda excursión está sujeta a los aspectos críticos que

puedan surgir en el camino y que puedan alimentar su desarrollo, más vale empezar en algún punto para a partir de allí iniciar un recorrido mayor. Entonces bien podría ese principio recordar que Concepción (*Nuestra Señora de la Concepción de la Santísima Luz*), en términos oficiales, compone una aglomeración de gentes y casas que permite calificarla como una «ciudad», siempre y cuando contemos sí con que a dicha palabra le caben muchas y variadas respuestas, aún existiendo ciertos parámetros a través de los cuales históricamente se le ha definido. O sea, por ejemplo, está dentro de los parámetros establecidos por el INE para trabajar los Censos, componiendo un conjunto de viviendas concentradas con más de 2000 habitantes -o entre 1000 y 2000 con más del 50% de la población económicamente activa. Aunque también Concepción cumple con los requisitos que las distintas definiciones del mundo académico han dado al concepto de ciudad a lo largo de su desarrollo: tiene una densidad de población que alberga en su seno una gran variedad de trabajadores especializados, no agrícolas, amén de una elite intelectual que más o menos es la que está detrás de sus grandes decisiones de planeamiento.

Por último, convengamos que en términos ambientales compone una forma física particular, un entorno construido de acuerdo a ciertas características que acaban por definir un escenario de relaciones sociales adscritas a una territorialidad que las fija y determina. En el caso particular, admitimos que en este caso es una forma compleja la que observamos, ya que los mismos límites de lo que involucra la palabra Concepción no están del todo claros ni están del todo consensuados. Unos hablan de Concepción solamente para aludir a una comuna, otros del Gran Concepción (que incluye si necesidad de recalcarlo a Concepción, Talcahuano, San Pedro de la Paz, Penco, Chiguayante), mientras que la mayoría de Concepción o Talcahuano o San Pedro a secas, sin detenerse demasiado en hasta donde llega cada vocablo ni que conllevan, aunque estén estableciendo una distinción inicial que de casual no ha de tener nada. Es la complejidad añadida a los pro-

*Antropólogo. Departamento Sociología y Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Concepción.

cesos de conurbación, que vuelven difíciles las precisiones, ¿o acaso será lo mismo ser de Talcahuano que de Concepción?

En fin, que más allá de estas vicisitudes, Concepción como emplazamiento habitado hemos de concebirla como «ciudad» porque alberga sus propias estructuras de poder, ha erigido mercados permanentes y diferenciados, además de poseer industrias y trabajo asalariado (Sjoberg 1988). Por lo mismo, tiene su respectiva elite, política, económica e intelectual; su burguesía que aprovecha las oportunidades que ofrece la aglomeración, concentración y variedad productivas y distributivas; y, naturalmente, su clase trabajadora, obreros, calificados y no calificados, que despiertan el ritmo vertiginoso de toda urbe por las madrugadas en sus idas y venidas hacia sus respectivos lugares de trabajo. En la concreción de este poder, de aquel comercio variado y la diferenciación social ad-hoc es quizá donde se cruzan y se mezclan inevitablemente los conce, los talcahuano, los chiguayante, los san pedros y los pencos. En esa cualidad asociada a toda composición citadina, que crea un espacio colectivo por donde circula una sociedad estructurada forjando un mundo de territorios socialmente delimitados y correspondidos. Ciudad que rememora a la antigua Polis griega, cuya administración velará siempre porque la forma citadina sea coherente con el ordenamiento de las identidades que cobija, las cuidará y permitirá su escenificación y reproducción en aquel territorio delimitado, asumiendo la celebración de la ciudad como la conquista de una herramienta política.

Pero eso sí, si bien Concepción hace «ciudad», no es fácil referir a la vida urbana que se pueda desplegar en ella y a partir de ella. Puede sonar curioso, pero en la práctica parece ser así. Aclaremos al respecto que la vida urbana la asociamos a ciertas cualidades que la llevarían a ser diferente no sólo a la vida rural, sino que también, y quizá más importante aún, de la vida comunitaria (Delgado 1999). La que se desarrolla en el pueblo pequeño, allí donde todos se conocen, todo se sabe. Ello porque en el devenir de la vida urbana la aglomeración de gentes que se reúne, la densidad en la que pasan a convivir, junto con la heterogeneidad social que podemos esperar de ese volumen y densidad, constituyen elementos que determinan un estilo o un ritmo de vida particular. Un «modo de vida urbano», diríamos, parafraseando uno de los más célebres artículos escritos dentro del contexto de la Escuela de Sociología de Chicago en los años '20 del siglo pasado (Wirth 1988). Que impone la obligación de vincularse a dife-

rentes individuos más allá del ámbito restringido de la familia o la vecindad; que implica la necesidad de elaborar diversos roles para hacer frente a una cotidianeidad variada y variable; o que posibilita el reinventarse en cada nuevo escenario social que se erige. Porque ese «modo de vida urbano» conlleva la versatilidad, adaptabilidad y movilidad de los urbanitas, de forma de hacer frente a un contexto ampliado y diversificado de personas, intereses y ritmos sociales.

Y la lectura de estas cualidades de «vida urbana» en la «ciudad» de Concepción no resulta fácil. Antes bien el dato es que la sociedad que parece cuajar entremedio de casas, muros y calles penquistas, busca pasar sus tiempos en los espacios de privacidad e intimidad, allí donde cualquier novedad resalta y es observada de reojo casi como una amenaza. Será como dicen algunos por el clima lluvioso, o por efectos de una historia que teje su leyenda a partir de la vida intramuros que pudo desarrollar por miedo a los «salvajes» que habitaban allá, al otro lado del río. Lo cierto es que existen pocos espacios y tiempos de cruce, de encuentros/desencuentros, donde simultáneamente variados usos estén significando el entorno y todos encuentren su disponibilidad en la posibilidad de que los demás también existan. Hay quienes quisieran hablar del Mall Plaza del Trébol, o del centro penquista, que en sus calles peatonales que se intersectan en la Plaza de la Independencia, permiten la circulación de gentes en contextos que invitan a pensar en una efervescencia social que dinamizan la cotidianeidad. Pero la ralentización que impone al ritmo urbano la condición de consumidores del grueso de esa masa anónima circulante en esos escenarios también inevitablemente actúa como freno o límite de la posibilidad de que allí se desarrolle vida urbana en el sentido diversificado que aquí estamos refiriendo. La aglomeración de individuos atomizados en función del consumo no crea instancias de sociabilidad donde prevalece lo heterogéneo, lo diverso; antes bien homogeniza, iguala en un rol.

Más aún, siguiendo a los arquitectos que hablan de la ciudad, también puede observarse que la propia planificación urbana poco y nada ha hecho en función de promover una «vida urbana», si bien ha procurado construir y legitimar distintas herramientas que permitan administrar mejor una «ciudad». Así, según sus apreciaciones, si en los años '60 Concepción se establece como un área metropolitana, en los años '90 derechamente se privilegia su crecimiento por núcleos, los llamados «sectores» de los que hablan los penquistas. Y, por supuesto, cada núcleo o sector se erige como un

oasis que se conecta con los demás exclusivamente por rutas poco idóneas, fortuitas muchas veces; escenarios para ser atravesados rápidamente porque no hay mucho, muchas veces no hay nada. De hecho, si bien dentro de un margen no menor la ciudad de Concepción es un territorio amablemente caminable, entre sectores la verdad es que el tránsito está absolutamente entregado a los vehículos motorizados.

En este sentido, creo que la ciudad de Concepción tiene aún por hacer en este avance del valor de la civilidad como principio articulador de ciertas relaciones en el espacio de la ciudad. Pero, al decir esto, no quiero referirme tanto a los aspectos que tienen que ver con la arquitectura del lugar o los términos en que se discute, se diseña y aplica lo relativo a la planificación urbana. No son ámbitos propiamente relativos a mi competencia, por lo que me queda restringirme al ámbito de la vida social que conlleva el modo de vida urbano, que creo que es lo que me compete en tanto antropólogo. En todo caso, no creo posicionarme tan lejos de otros ámbitos de reflexión sobre la ciudad. De hecho, hace algún leía yo como en un seminario sobre la ciudad de Concepción se hablaba, en relación a ella, de especulación, envejecimiento, deterioro, empobrecimiento, tugurización y homogeneización de usos, todo lo cual dejaría no en muy buen pie la actualidad del lugar. Cosas, además, con las que se podría llegar a estar muy de acuerdo o de acuerdo en cierta medida, pero creo que bajo ningún aspecto, en total desacuerdo. Ahora bien, el tema es si estos procesos mencionados son atribuibles únicamente a problemas de infraestructura, de planificación, de diseño de espacios físicos que pudieran albergar cierto tipo de sociabilidad. Yo me sospecho que no. Más aún, me da a pensar que estos procesos de deterioro y empobrecimiento de la ciudad están vinculados a aquel alcance que hacía en un principio acerca de las limitaciones que atentan contra la posibilidad de que en Concepción se desarrolle plenamente vida urbana; que se viva la ciudad y en la ciudad a partir de criterios de urbanidad.

Ilustremos el tema con ejemplos concretos: Desde que comencé a venir a esta ciudad escucho mucho hablar de Concepción en base a los «sectores» ya mencionados. Y es que parece que así se define, así se delimita y contextualiza. Por zonas donde existen tales o cuales residencias, casas comerciales, etc., que se cierran sobre sí mismas y no se abren al exterior. O sea, Concepción es, antes que nada, un cúmulo de «sectores» a los cuales uno se dirige o desde los que uno se desplaza. Y esos «sectores» cuentan con lo necesario, se

hacen autosuficientes, viven para sí. Entremedio pareciera no haber nada, nadie. Entonces, uno puede pensar que Concepción al final no constituye plenamente una sociedad urbana, más bien crea comunidades, grupos cerrados, que tienen sus lugares, sus itinerarios, sus horarios. Algo así como un mosaico de colectividades, desconectados unos de otros, funcionando en paralelo, pero con altas dosis de invisibilidad mutua. Quizá un poco lo que vieron en la Chicago de principios del siglo XX los sociólogos urbanistas de Chicago. Y aquel proceder yo diría que es el propio de la elite. Ella, en cualquier sociedad, apela a la invisibilidad y al aislamiento que impida la mezcla social. Ahora, por qué ese andar ha sido adoptado por otros grupos sociales es un enigma, un gran enigma. Será el «peso de la noche» portaliano (la cantidad de policías que se puede ver cualquier día en el centro permitiría pensar en ello) o será la poca familiaridad que otros grupos puedan tener por algo a lo que nunca han sido invitados, algo para lo que nunca han sido considerados. Lo cierto es que aquello se ve a nivel macro, o sea al nivel de la diferenciación que se produce, por ejemplo, al hablar de Chiguayante, San Pedro y Concepción de forma diferenciada, pero también a nivel micro, cuando se habla del «sector» Las Princesas, Barrio Norte, etc. Esta nomenclatura usada para plasmar la ciudad de Concepción en mapas coherentes de parcelas que se siguen las unas a las otras sin mucho contacto entre sí permiten concluir que, efectivamente, el principal obstáculo para el desarrollo de la vida urbana en general no es en realidad la vida rural, del campo. Es más bien, como lo señaló en su momento Henri Lefebvre (Lefebvre 1969), la comunidad, aquel espectro de relaciones que se basan en el conocimiento de los presentes y en la supuesta calidez y sinceridad de las relaciones a establecer y validar entre los mismos de siempre. La comunidad apela a la transparencia, a que todos nos conozcamos y, en base a ello, construyamos relaciones afectivas. Por lo mismo, no admite diferenciaciones aleatorias, no programadas, ajenas a sus propósitos. Y la sociedad que habita lo que conocemos como Concepción parece irradiar ese espíritu, el de estar constituida por comunidades afectivas cerradas sobre sí mismas y que se resisten a la apertura y la adaptación a otros. Más aún, diría que no se abren a la visibilización, siendo la visibilidad de muchas cosas, personas y situaciones una de las cualidades que caracterizan al modo de vida urbano.

Este repliegue inevitablemente conlleva consecuencias sobre la cotidianidad y el ritmo de la ciudad como en-

tividad integrada. Y donde mayormente vislumbro que incide es en la elaboración colectiva de identidades sociales fijas e inmutables; unas permitidas, otras restringidas prohibitivamente, mientras que otras derechamente negadas. Pero lo principal es que se elaboran sólo a partir de referencias. La sociedad local no se mira a sí misma, no se conoce -porque no se observa- y sólo reproduce ciertos reconocimientos a partir de criterios la mayoría de las veces abstractos, muchas veces ajenos incluso. No elabora a partir de experiencias, o a partir de posibilidades de hacer con los que están al lado circunstancialmente, lo que permitiría crear, innovar, jugar. Pareciera que en Concepción sólo pueden caber aquellas identidades sociales previamente aceptadas, tanto por la elite como por la administración de la ciudad, y que, por tanto, sólo son admitidas ciertas formas de hacer las cosas -que serían lo «correcto», lo «bien hecho»-, mientras que otro conjunto de formas de hacer y usar la ciudad estarían derechamente negadas en su posibilidad de existir. O son negadas antes de nacer o, lo que es peor, se les cubre con un tupido velo, como diría José Donoso, para que no sean vistas y pasen al olvido, a la inexistencia. Eso atenta contra la diversificación real de las prácticas de uso de la ciudad; no hay variabilidad, decaen los estímulos. Esta idea podemos ilustrarla nuevamente con un ejemplo: aún recuerdo haber leído durante los últimos meses del año pasado acerca de la celebración de un aniversario más de la ciudad. Recuerdo acerca de un acto en la Plaza de la Independencia con todas las autoridades posibles y permitidas, con sus discursos, sus banderas, sus pullas incluso. Pero también me extrañó una ausencia: había reminiscencias al pasado español, a lo criollo, pero no había ninguna alusión al mundo indígena. Como si Concepción no quisiera recordar estar emplazada en la frontera histórica de este país -ahí donde se dividía la «civilización» y la «barbarie»-, o como si Concepción no hubiera sido una ciudad que se construyó sobre la base de ser mucho tiempo -y quizá aún- un confín, un enclave seguro más allá del cual todo podía pasar. Claro, del lado norte del Bio Bio está la cuadrícula, la administración, el orden social dirimido, regulado y aceptado; del otro lado está lo desconocido que, en tanto tal, vale la pena observar con recelo, desconfianza. Pero no estaban convidados al festejo los indígenas, los extraños, los que están más allá de la comunidad. Con ello, se connota que una relación de siglos, inevitable por la mutua cercanía, es negada, no validada. Pero, además, también se denota que en esta urbe no todos los que la habitan «existen». O lo que es

similar, los que aquí habitan no siempre son todo lo importantes que deberían ser, no son considerados iguales, no son depositarios de la civilidad a que refería con anterioridad. Una sociedad urbana plenamente constituida tiene siempre enormes dificultades para discriminar, para argumentar la desigualdad y sostenerla en el tiempo. Concepción no parece tener esos problemas.

Por suerte al hablar de ciudad, sociedad urbana o comunidad ciudadana es difícil abarcarlos a todos y remitir a una totalidad del todo coherente en términos globales. Siempre existirá dentro de la heterogeneidad que promueve la densidad la posibilidad de que se concreten momentos y espacios donde efectivamente la civilidad sea un valor, un principio de acción, una cualidad del quehacer cotidiano compartido por una colectividad sin nombre, anónima. Y Concepción logra ser más que una simple aglomeración de casas y personas porque cuenta con esos espacios-tiempos de urbanidad. Un ejemplo de esta posibilidad lo observamos cualquier tarde de fin de semana -cuando el clima acompaña- en el parque Ecuador. Ahí efectivamente vemos desplegarse una sociedad urbana en el sentido del despliegue de una variedad de usos y prácticas de apropiación del espacio, conformándose en términos generales una sociabilidad variable, que incorpora muchas veces altas dosis de azar y aleatoriedad, con usos que entran en contacto fortuito, pero que no rivalizan, sino que se complementan sobre la marcha. En el parque Ecuador lo que alcanza a cristalizar es una sociedad en la que nadie es interrogado por estar allí, en la que nadie es interpelado a hacer un uso determinado del lugar y el tiempo, en fin, donde se puede hacer como uno más, sin apellidos. El relato de una tarde en el parque Ecuador no se escribe en ningún texto, es parte de una textura. Por lo mismo, no se constituye como hito histórico ni elabora una narración aglutinante; antes se plantea como una potencia de socialidad: un desafío para cualquier urbanita.

A ello alude la vida urbana, a esa posibilidad siempre vigente de conformar sociedades no sólo a partir del mutuo conocimiento -o reconocimiento-, sino que también a partir del desconocimiento y, por ende, de un respeto previo amparado en la impersonalidad y aceptación de que hay muchas lecturas urbanas, por tanto múltiples posibles usos de la forma construida.

Visto así, la condición urbana implica, entre otras cosas, adaptabilidad, de lo ya existente; y capacidad de adaptación, de lo que busca seguir existiendo. Nos adaptamos nosotros, los usuarios de la ciudad, a que

la ciudad delinie trazados, proponga circuitos, ritmos y horarios. Pero también ha de adaptarse la forma arquitectónica a la disponibilidad de una variedad de usuarios y usos, y a que se resignifiquen sus espacios, sus calles, parques y zonas, en virtud de la heterogeneidad social que se cobija bajo el alero de la piedra y cemento urbano. Por lo tanto, toda administración de la ciudad debería asumir su precariedad y olvidar cualquier intento por controlar a los urbanitas (no sería más que una ilusión, siempre se podrá subvertir el orden establecido), a la par que éstos deben asumir su rol de constructores de ciudad y sociedad urbana. Porque es eso lo que nos convierte finalmente en ciudadanos: el aprender a usar el espacio diversificado de la ciudad sabiendo que, en el fondo, hay muchas y variadas maneras de entenderla, definirla, asumirla, significarla y, por tanto, de usarla. Y que esos usos han de complementarse, han de caber todos, a razón de su versatilidad y capacidad de adaptación.

Y no me refiero aquí única y exclusivamente al tema de la defensa y respeto a las diferentes identidades que la ciudad en tanto estructura física pueda cobijar. Se entiende que el tema al que aludo hasta cierto punto supera lo relativo a la conformación y despliegue de identidades sociales o culturales en los diferentes espacios y tiempos de la vida citadina. Incluso más, hasta cierto punto, hay que reconocer que el propio modo de vida urbano resquebraja identidades previamente consolidadas y claramente definidas, las triza y dispersa en fragmentos que vuelven a reunirse con posterioridad bajo nuevas condiciones y en nuevos individuos, aunque ya bajo otros parámetros, otras utilidades, otras oportunidades. En este sentido, a lo que aludimos aquí es a aquello que permite la conformación en la urbe del ámbito de lo que habríamos de denominar de la civilidad: *no importa tanto quien eres ni de donde vienes, ahora estás aquí y eres uno más mientras estés por aquí; habrás de respetar los mismos códigos que todos los presentes, de otra manera o harás el ridículo o serás mal interpretado*. O sea, nos remitimos a la condición de que la vida en la ciudad ofrece a sus habitantes cohesión, mas no coherencia. Por tanto, no son tanto identidades las que la ciudad pone en circulación cada día (y cada noche); o no son identidades absolutas, fijadas, inmanentes. Son antes retazos, posibilidades, ilusiones, intuiciones que cuando creen haberse asentado y convertido en realidades más verdaderas que otras, entran otra vez en el vértigo del ritmo urbano para cuestionarse y replantearse a partir de a experien-

cialidad, del vivir los acontecimientos antes que escucharlos narrados por otros.